

Dr. Ramón Clares P.

Las creencias a la luz del psicoanálisis

CONSIDERACIONES FREUDIANAS EN TORNO DE «LA CRISIS DE LA
FE RELIGIOSA» DE ARMANDO GONZÁLEZ R. (1)



TODO expresión del hombre, en cualesquiera de sus aspectos—simples hechos de la vida cotidiana, actos heroicos, sacrificiales o egoístas, sus anhelos y afanes, en fin, cuajados en obras de arte, en sistemas filosóficos, en teorías y doctrinas científicas o religiosas—es, en principio, un producto biopsicológico. En su carácter de tal, constituye un dato o síntoma del proceso funcional de que proviene, y representa, fundamentalmente y antes que nada, las condiciones del entrañable proceso del ser—que es un íntimo hacer—de donde ha partido el impulso inicial de la expresión. Esto último es particularmente importante en referencia a la expresión intelectual y creadora, detrás de cuyos aspectos aparentes, plasmados por la intención o el *a propósito*, siempre se ha de buscar la esencia, la causa íntima o *última ratio* de toda obra del hombre. No siempre la crítica trasciende las apariencias en persecución de la causa original y, a lo sumo, se ha creído encontrarla, en motivos meramente circunstanciales. En esta satisfacción, fácil en cuanto a los orígenes del fenómeno expresivo, incurren—y degeneran, porque ello implica error—no solamente el juicio ajeno, sino que también el del propio autor

(1) «La crisis de la fe religiosa», por Armando González R. (Sem Tob) Ercilla, 1941.

de una obra o de un hecho dado. Está en la naturaleza psicológica del hombre, como un afán que le es inherente, la necesidad de explicarse todos los fenómenos que, de uno u otro modo, afectan su curiosidad o su interés. Y por cierto que la superficialidad y a veces lo absurdo de la explicación que se da a ciertos procesos raya en lo inconcebible. Todo ello se debe a cierto modo defensivo de no darnos cuenta de la realidad, cuando ésta *no conviene* al mantenimiento de la ilusión, que se alimenta de la apariencia de las formas y los hechos. Un paciente del profesor Bernheim, de la escuela de Nancy, en cumplimiento de una orden recibida bajo sueño hipnótico, abría el paraguas en plena función de la ópera. Interrogado, luego, sobre el por qué de tan extraña ocurrencia, respondió, con tanta naturalidad como insensatez, que había abierto el paraguas para comprobar el buen funcionamiento de los resortes. Con igual simpleza el alma humana, en cualesquiera de los estratos de la cultura, se da por satisfecha y admite como irrefutables, las más absurdas y estrafalarias explicaciones en referencia al objeto de su afanosa curiosidad y cara ilusión. Santa condición es ésta, porque de los pobres de espíritu será el reino de los cielos, y es magnífica receta contra inquietudes y obsesiones, el ya consagrado y sabido «más vale no meneallo»...

Pero no todos los hombres gozan la paz derivada de un fácil conformismo, y aun cuando lo desearan y contra su propio querer y voluntad, el impulso a ahondar en las causas hasta alcanzar una verdad última y definitiva, cobra carácter de imperativo categórico, de dramática tortura y de hostigoso afán. Esta necesidad de comprobación, de exacto ajuste entre la medida y lo medido, entre la pregunta y la respuesta, entre el afán y la satisfacción, es la característica del denominado *temperamento compulsivo*. En el plano de las altas manifestaciones del espíritu, da origen al pensamiento filosófico, a la investigación científica, al razonamiento crítico, porque «son condiciones positivas del citado tipo psicológico, el individualismo, la perse-

verancia, el espíritu de orden y la facultad de organización y sistematización, la minuciosidad y paciencia en la realización de sus trabajos, etc.» (Ernesto Jones. Tratado de Psicoanálisis)

Pero no se puede negar que, aun en esas altas actividades de la Psique, afloran de algún modo, a veces, las condiciones negativas, propias del tipo psicológico compulsivo: «la testarudez, la susceptibilidad, el afán de torturar y torturarse y, sobre todo, la pseudo-hipertrofia del razonamiento apriorístico que conduce a la creencia en la omnipotencia de sus ideas, viéndose así abrumado de responsabilidad y constantemente constreñido y coaccionado, cuando se trata de adoptar una resolución, por la implacable oposición entre su *ello* y su *super-yo*» (Mira y López. Manual de Psiquiatría). Como dice Freud: «La personalidad compulsiva es el resultado de una anormal integración de los tres planos de fuerza constituyentes de la personalidad psíquica».

La duda obsedante es, pues, una característica de los compulsivos y de ello se deriva—ya lo dije—el afán, obsesivo también, de llegar a una conformidad inamovible, a una *razón última*, deduciéndose de estos procesos todo el complejo de dogmas y rituales con que el obsesivo se defiende de la duda, y sobre todo, las racionalizaciones *obsesivamente lógicas* en que procura fundamentar su estabilidad.

* * *

Valga todo lo dicho anteriormente como una introducción al estudio psicoanalítico de «La crisis de la fe religiosa», de Armando González Rodríguez, obra que, en su aspecto filosófico-teológico, que yo no voy a considerar en el presente ensayo, logra—lo diré de una vez por todas—cumplidamente su objetivo: demostrar que el sistema dogmático del catolicismo está en pugna con la «razón pura», por lo cual ésta no lo puede aceptar como una revelación divina a que deban doblegarse todos los espíritus.

Opinar *psicoanalíticamente* sobre una obra—se deduce de lo que expresé al comienzo—no implica afán de descubrir defectos o cualidades para condenarlos o aplaudirlos según criterio atendido a cánones éticos o literarios, a medidas, por lo tanto, exógenas y convencionales, que de ningún modo pueden tener el valor y sentido de un transunto vitalmente significativo del caso, del hecho o de la obra que se estudie.

Además de leerlo en su original, tres veces he leído «La crisis de la fe religiosa». Un libro se relee, siempre que, dándonos cuenta o no, sentimos que tras de sus palabras y conceptos, bulle una marejada de sugerencias. O cuando presentimos su profundidad más allá de las apariencias inmediatas. Y en esto consiste el valor de la expresión escrita, en hacer sensible a nuestra percepción la vertical que mide la hondura de lo expresado, como sugiere la profundidad de las aguas el sonido que hace la piedra al romper el cristal de la superficie.

De una claridad acaso excesiva, la superficie formal del libro de González—si así puedo expresarme—deja sentir como cualidades inmediatas a ella, desde luego, una concienzuda erudición, una potente energía organizadora o más bien corporizante, si se me perdona el término, y sobre esto y a su través, un valor moral a toda prueba, se diría heroico, considerando que, si bien hace muchos años que están apagados los fuegos de la Inquisición, existen procedimientos peores que la tortura física para castigar la herética virtud de pensar con cabeza propia. Nunca tendrá un sentido de mayor peligrosidad el libre pensamiento—en el sentido puro de la expresión, no en su alcance político o pseudo filosófico—que en este período caótico de la historia, y más que caótico regresivo, en cuyos días el individuo no cuenta como entidad, así sean óptimos sus valores y excelencias, sino como número o elemento de la masa. Llegada a su colmo la decadencia humana, en un último y supremo esfuerzo vital, el instinto de conservación agrupa a los hombres según sus flaquezas, de cuya suma resulta una fuerte cohesión

que hace posible la supervivencia. Como es natural, esta fusión de flaquezas echas fuerza, a fin de no romperse, no admite sino la confluencia de corrientes afectivas en favor de la intensificación de su poder, y la complicidad de todas las *racionalizaciones* que den barniz de verdad y estructura lógica a sus absurdos. Medida principalísima para conseguir un absoluto predominio, es la negación de todo lo que no quepa y fortalezca el postulado o la doctrina en uso, la exclusión, condenación y muerte del que no proclame su adhesión incondicional a las mandadas de *Panurgo*, sea cual fuere el mote con que se las distinga o denomine. Y se comprende que sea así. Todos éstos son en principio movimientos instintivos; provienen de la incertidumbre vital, de la inseguridad del alimento y el espacio, de una crisis del derecho biológico a vivir. Sube en tales casos el instinto a flor de piel, borra las diferenciaciones y formas alcanzadas por la cultura y encadena todos los seres al factor común de sus exigencias perentorias. El hombre, entidad liberada por la civilización, desaparece y no existe, después, sino en cuanto a número de la cifra social. Sobresalir por diferenciación siempre condujo al tribunal, al Gólgota o al destierro en el silencio de la incompreensión, que es como una condena a vivir muriendo sin que jamás se llegue a la muerte definitiva. Hay que tener un gran valor para pensar en voz alta y mucho más para dejar constancia de ese pensamiento en la conducta cotidiana o en el libro que lo corporiza y le da perduración. Pero ¿cuándo un hombre es valiente? Pues, cuando sus actos ponen en peligro su seguridad vital, valga decir, su feliz convivencia con los hombres. O sea, cuando vence el imperativo del instinto de conservación, supeditándolo a una fuerza todavía mayor y más intensa que la suya. Esto significaría que el imperativo de vivir no solamente se refiere a la existencia biológica y que la noción de estabilidad no siempre se refiere a convivencia, sino a perfecto ajuste, dentro de la propia psique, de las diversas zonas que constituyen la personalidad. En otros términos, ciertos temperamen-

tos—el compulsivo, ya citado anteriormente—requieren, para su propia tranquilidad, estar en paz consigo mismos, antes que con el ambiente, vivir su propia verdad, contra la inducción de una verdad exterior y convencional. Estos tipos psicológicos, viven en un torturante afán de sincerarse consigo mismos, primero, y luego con el ambiente, aun cuando al hacerlo en referencia a éste, sincerarse equivalga a pérdida de la estabilidad social, en última y extrema palabra, a excomunión. *La crisis de la fe religiosa* es antes que nada, función compulsiva, expresión *katártica* de todo un antecedente de conjeturas y luchas intrapsíquicas entre la verdad lógica de la propia razón, y la aprendida, obsesión de sinceridad que no consiguió quietarse hasta no cuajar en documento que deje constancia de haber llegado su autor a un término extremo: el de confesarse equivocado y confesar la equivocación a los cuatro vientos a fin de librarse definitivamente de toda posible reincidencia. Pero esta heroicidad expresiva obedece indudablemente a algo más que una simple y razonada deliberación. Es, como muchos heroismos, una huída hacia adelante, una embestida de la víctima contra el victimario en un desesperado esfuerzo de conservación. Porque el instinto de conservación, a mi ver, no sólo se refiere al mantenimiento de la forma en el espacio vital, sino que también a la perduración del ser a través del tiempo eterno. Es este aspecto de la conservación el que prima sobre el meramente biológico, dando al afán de sinceridad condición de hambre imperativa y a la propia verdad, la del único pan capaz de satisfacerla. Es decir, la propia verdad o lo sentido como tal por el interesado. Y en este punto hago desde luego, un reparo psicoanalítico: el título del libro, enuncia cierto deseo inconsciente de González de declarar en crisis la fe religiosa de todos, como si su crisis (la del autor), todo el mundo creyente la sufriera. Como digo, el título—equivocado, porque debió ser «*La crisis de mi fe religiosa*—» da por generalizado y participado su contenido, siendo que

el libro es todo entero la extroversión del torturado espíritu de su autor en plena crisis religiosa.

Lo que hay de interés común con sus lectores en este libro, es el hecho de tratarse de *lo religioso*, del sentimiento de religiosidad que en una u otra forma, bajo el aspecto de tal o cual confesión religiosa—bárbara, idolátrica, cristiana o budista—se considera hoy día adscrito al instinto de conservación en función de perennidad. El común denominador entre el autor y su medio no es, pues, la crisis religiosa, la suya, sino el hecho ya indicado de que el motivo que explota en su libro sea el sentimiento religioso, la fe, factor común entre todos los hombres, aun entre los no creyentes. Como expresión de un proceso individual, íntimamente individual, el libro de González es de un enorme valor analítico; y por lo mismo descubre al gozne obsesivo en que pivotean las dudas contra la fe como las dos manos de una puerta que nunca hicieron posible el franco acceso o el cerrado cobijo del espíritu en los ámbitos de la creencia religiosa. Y se comprende. De la lectura del libro se deduce la estructura primordial cerebral, intelectual y racionalista del autor, cuya personalidad estuvo siempre centrada en *la cabeza*, que es la sede de la especulación intelectual, de la lógica; oficina donde rige, en fin, todo el arsenal de pesos y medidas con que el hombre calcula lo infinito y analiza lo absoluto para ponerlo al alcance de su comprensión. Vano intento, por cierto. El cerebral no puede *creer* en la verdadera acepción de la palabra, porque la *creencia* es proceso instintivo, que tiene, por lo tanto, prioridad y primacía sobre la razón. La creencia razonada tiene, pues, mucho de la locura razonante, denominación paradójica, que confiere a lo razonable carácter de locura y a la locura calidad de razón. Pero en prioridad estimativa, es locura porque parte de premisas falsas que se han aceptado como verdaderas. La *creencia*, para ser *creencia*, no puede partir de la razón, aunque pasa a veces por su tamiz, pues no tienen en ella su origen ninguno de los aspectos de la pasión humana, ninguna de las pulsiones ni vivencias pre-

cedentes y formativas de la instintividad, como quien dice de la vida misma en su sentido de creación y origen de todo lo expresado. Muy al contrario, se diría que la razón es una formación hasta cierto punto artificiosa, como que es un instrumento creado por la necesidad de mutuo entendimiento entre los hombres, de engarce entre los individuos de la comunidad y las diversas épocas de su historia. La razón se ha venido formando, según las necesidades de la convivencia, como un instrumento relacionador y de entendimiento, y por lo tanto siempre y de algún modo, poco o mucho, ha debido impregnarse de instintividad, como la llama y la luz acusan la calidad del combustible que las alimenta.

La vida no reside en la razón sino en la instintividad, no se manifiesta por ideas y conceptos sino por hambres, que primigeniamente orgánicas, referidas a un objeto de captación y posesión (—alimento, sexo)—transferidas a otros planos del espíritu, se convierten en anhelo, aspiración, afán de perennidad o *transfinitud*, como dice García Bacca. Por algo se habla de «hambre y sed de justicia», toda vez que esta necesidad, como toda otra, se experimenta entrañablemente.

Por lo demás, ya sabemos hoy día que el cerebro no es un órgano secretor del pensamiento, como lo es el hígado de la bilis. Se piensa y siente con todo el cuerpo y con toda la psique, valga decir con toda la persona, sin que ni una sola célula del cuerpo, ni un solo instante del espíritu deje de tomar parte, de consumarse más o menos en los procesos de la función de sentir y de pensar. Por último, debo considerar que no hay mejor forma de afirmar que negar, porque, en principio, las dudas no se refieren a la verdad negada misma, sino a los aspectos de su manifestación. No se puede discutir lo inexistente, y lo discutible, por serlo, acusa su existencia de algún modo y en algún instante del acontecer vital. La discusión en referencia a una verdad, de cualquier orden que sea, acusa incertidumbre de admitir o no en nuestro espíritu *esa* verdad, porque no siempre la verdad se nos

ofrece en la forma y medida correspondientes a nuestro tipo de hambre psicológica, y en tal caso equivale a un plato para cuya digestión y apetencia no tenemos capacidad ni afinidades. Es decir, no siempre la verdad es asimilable, substancialmente incorporable a nuestro ser.

Creo, con todo lo dicho, haber explicado el libro como función o producto de un *tipo biopsicológico*, dentro del cual cabe la vigorosa inteligencia compulsiva de Armando González, personalidad fuertemente cerebral, analítica y racionalista, por lo tanto. De no haberse propuesto el autor—porque se nota el propósito noble y logrado—no dejarse llevar por la obstinación que es característica de la pasión cerebral, lo ubicaría en el sitio correspondiente al que él hace ocupar a sus contrarios. Porque, además de la valentía moral que nadie puede no reconocerle, González se muestra ecuánime y tolerante como el que más, libre de toda esa petulancia insoportable propia, por ejemplo, del científico—tipo de cerebral—que cree a pie juntillas en la verdad confeccionada por sus teorías y especulaciones.

* * *

Creo, con lo dicho, haber explicado el libro como función expresiva, como *producto* cuyos elementos genéticos provienen de un complejo de duda que constituye el núcleo y signo biopsicológico de la vigorosa personalidad racionalista del autor. Quiero ahora ocuparme de la parte para mí más interesante, la que trata de la psicología de la creencia. Desde su punto de vista absolutamente analítico, Armando González clasifica y estudia los diversos tipos de creyentes con tal justeza y minuciosidad, que se acusa y descubre el fondo obsedante, la acción ineludible de un afán compulsivo, de un juego de escrúpulos y dudas inherentes a su tipo psicológico. Elabora toda una doctrina psicológica cuando los hechos lo llevan a admitir que se puede creer a pesar de la razón y contra ella, por muy cultivada que

ésta haya sido y aun cuando las disciplinas que estructuran, mueven y condicionan el pensamiento, sean las científicas. ¡Como si la Ciencia en sus paradigmas y entelequias científicas no fuera, a veces, más absurda e inexplicable que cualquiera superstición de orden religioso! Cuando es la razón la que delinque y cae en vicio o en error, se hace muy difícil la crítica, porque ésta es una función especialmente razonante. ¿Y acaso muchas doctrinas y creencias científicas son otra cosa que un tejido de razones apriorísticas, ajenas a toda verdad experimentada, que envuelve y defiende el dogma de fe científica fortificando nuestra creencia y credulidad de intelectuales *cientificados* y *cientificantes*? Recórrase la historia de la medicina, estúdiase la psicología del médico y brotarán los ejemplos a borbotones. ¿Hay dogmatismo más cerrado y estúpido que el de algunos doctores, postulantes de verdades inapelables, pontífices y dueños absolutos de la ciencia? La necesidad de *creer* es tanto más fuertemente imperativa cuanto más desvalido sea el hombre, cuanto más infantil se conserve, cuanto menos seguro *per se* y ante sí mismo se perciba y constate.

Cabe aquí recordar que el hombre, ser imaginativo y *creador* por excelencia, debe adaptarse a la realidad para poder vivir, pero que esta adaptación no inserta siempre en lo objetivo, sino que se produce también en referencia a una ilusión, a una creación de la mente imaginaria tan útil a su seguridad de vivir, que constituye algo como otra realidad, casi tan real como la así denominada. Para creer y adaptarnos a lo que no conseguimos captar positivamente en la realidad, para disimularnos, en buenas cuentas, el fracaso, la equivocación, la imposibilidad de satisfacer la tendencia o el deseo, de cumplir el propósito, las defensas de la *psique* han creado y mueven, desde lo *inconsciente*, diversas técnicas que hacen posible la *creencia* por ocultación de la verdad, y, por lo tanto, confieren seguridad y fe en uno mismo a base de una *ilusión de realidad*. Si no fuera por este juego *piadoso* de la *psique*, caeríamos en la desesperanza y aun

en la propia desestimación con inaudita frecuencia, malográndose cualidades efectivas cuyo desarrollo requiere, a veces, casi siempre, de la ilusión, como la planta del sol, para vivir. Es natural que tales juegos de la imaginación pueden conducir francamente a los respectivos tipos patológicos—los huídos de la realidad—cuando cobran mayor acento e influencia que el que les está permitido.

Pasaré rápidamente en revista estos procesos de adaptación ilusoria. Ellos son: la *catatimia*, que nos permite ver las cosas de acuerdo con lo que nos conviene y no como son en realidad. Evita ver los defectos del objeto de amor, aumenta el sentimiento de peligro para conseguir la ayuda; nos ciega ante los valores ajenos si la comparación ha de llevarnos al sentimiento de disminución; no reconoce la excelencia y bondad de lo que sentimos fuera de nuestro alcance, impide, en fin, constatar una realidad que destruiría el sentimiento de seguridad creado por la ilusión. La *catatimia* es una de las más útiles de estas técnicas de adaptación, la que produce la ilusión más completa, con mayores apariencias de verdad, la que determina una mayor posibilidad de la *creencia* estabilizadora y necesaria a nuestra seguridad. Como todas las otras técnicas de esta naturaleza, es un proceso de la *economía* psíquica que ahorra pérdidas de energías vivas y permite no solamente la conformidad, sino que incluso alienta el anhelo, la aspiración, la *transfinitud*, que, nacida en esencia y en realidad de una incompletud, de un defecto o insuficiencia de la realidad biopsicológica, desplaza al hombre hacia los planos superiores de la realización. Nunca han sido por lo demás el hartazgo, ni el estómago feliz, puntos de partida hacia los países de la realización superior del hombre; ni serán nunca posibles a los deseos exacerbados del sátiro o del glotón otras nociones de felicidad que las que derivan de los ritmos pelvianos. La privación voluntaria e inteligente de las exigencias de la instintividad, el ejercicio fraternal de la participación y de la ayuda, las prácticas del ascetismo sacrificial que estiliza y fortifica cuer-

po y espíritu, han sido el fundamento y verbo de todo afán de perfección, aun que no pocas veces, el afán de ser otro y mejor nace también del tedio y repugnancia provocados por el vicio, más allá de cuyos límites el hombre empieza a vislumbrar otros motivos de aspiración y gozo .

—¿Y qué se consigue con estos locos afanes de mejoramientos?—se preguntará un racionalista *compulsivo*. *¿Qué se saca de la ilusión?*—preguntará el *finalista* que no puede concebir ningún fenómeno sin previa solución del *para qué*, como si los fenómenos del orden que fueren no tuvieran su razón de ser en sí mismos, en el simple hecho de producirse, más allá de todo cálculo y *propósito*.

Pero sigo en la enumeración de las otras técnicas de adaptación a la *no-realidad*. Ellas son: la *proyección*, que nos libra de ver nuestros propios defectos proyectándolos sobre el prójimo; la *compensación*, que nos permite la satisfacción en otro plano que ése en que nuestro deseo fracasara porque no logró su objeto; la *sublimación*, que debiera más propiamente denominarse *suplantación*, que nos permite satisfacciones no con el verdadero objeto sino con otro, *posible*, que lo suplanta; la satisfacción *imaginaria*, que está magníficamente definida en la fábula de «La lechera». Y, por último, repito palabra por palabra la magnífica definición que hace Emilio Mira de la *racionalización*: «mecanismo en virtud del cual se erigen los *pretextos* en razones, para *justificar* a posteriori una acción que se ha realizado o se va a realizar sin acuerdo con el juicio o censura moral». Allí están como típicos ejemplos de *racionalización*, las doctrinas de Rasputín sobre la salvación del alma; los flamantes postulados de *die neue kultur*, y el suculento florecimiento económico de *líderes* socialistas y democráticos que se enriquecen y aristocratizan perorando contra los ricos y los aristócratas. Hasta ahora, no ha habido doctrina noble y generosa que la *racionalización* no haya usado como *pretextos* para conseguir otros fines que los postulados y enunciados por la doctrina. Echemos una ojeada

solamente sobre el panorama histórico o actual de la cristiandad, y nos quedaremos perplejos ante la ausencia casi completa de cristianos entre sus militantes. Todos estos procedimientos existen como defensas contra la realidad brutal o en todo caso para desviarnos del objeto imposible al deseo y están indicando palmariaamente que hay zona de la personalidad que requiere, para su desarrollo y mantenimiento, de otra atmósfera que la común y cotidiana, que necesita mantener una *fe en algo o alguien*, y que tan grande y fuerte es tal necesidad, tan hondamente sentida, que se ha creado todo un sistema de mantenimiento y culto de la ilusión. Para mí, esto viene a significar creación y creencia en otra realidad que la que hasta ahora se ha considerado como tal; quiere decir que cada cual tiene *su realidad* y que ésta es distinta para el niño que para el adulto, para la mujer que para el hombre, para el pobre que para el rico, para el burgués que para el artista o el místico. Desde cada una de estas realidades, la otra nos resulta una ilusión, un sueño grato o una pesadilla según como la percibamos y nos adaptemos a ella. En el ejercicio de la medicina se dan casos tan inconcebibles como *verdaderamente* probatorios de esta necesidad de fe, de creencia y mantenimiento del ídolo del cual se espera el milagro, que experimenta todo paciente, sobre todo el neurótico en curación psicoanalítica. Hay neuróticos de inteligencia despejada y vivaz que han permanecido ocho y doce años en tratamiento, a pesar de no obtener ningún alivio ni resultado positivo y contra todas las torpezas y majaderías de médicos acaso más enfermos que sus pacientes. Pero por sobre estas realidades brutales y burdas primó siempre en tales casos la necesidad de mantener la fe, de *sujetar* al ídolo en el pedestal en que le colocara la transferencia indispensable a la efectividad exitosa de la psicoanálisis. Así se explica por lo demás, la sobreestimación y veneración obstinada del pueblo por algunos de sus opresores y tiranos, proveedores de ilusiones y esperanzas en los comienzos de su reinado y en trances de aflicción para las masas. Se comprende así

la fidelidad tenaz—*opiniâtre*—absurda, a personas, doctrinas, postulados y entelequias ya fenecidas y que siguen ejerciendo gracias a la investidura transferencial, una acción fijadora y retroactiva sobre individuos, grupos y países.

Creer, esperar—creencia y esperanza—son, a mi ver, los dos verbos más efectivos en los diarios aspectos y ritmos fundamentales de la acción humana, y por eso persisten, a pesar de la absurdidad de sus postulados y doctrinas, y contra toda la fuerza de la lógica y la razón. Es inherente a la naturaleza humana esta defensa de la ilusión, y la ilusión no lo es mientras se crea en ella. Es decir, mientras le dé corporeidad y fuerza viva nuestra propia necesidad de creer en ella. Por lo demás, considérese que cuando se dice yo *creo*, se fusionan en una misma forma verbal *creer* y *crear* y con ello el hombre se hace y siente un semi-dios.

* * *

Las consideraciones psicológicas que hace el autor sobre la psicología de la creencia, bien valen la lectura repetida de todo el libro. Perfectamente clasificados los diversos tipos de creyentes y tratados con noble comprensión y tolerancia, sobresale por su acabado contorno la silueta del creyente, hombre de ciencia, condiciones lógicamente incompatibles y que sin embargo coexisten (A. M. G. D.) con más frecuencia de lo que se podría creer. Pero donde alcanza condición de magistral esta parte del libro de González, es en sus digresiones y críticas sobre la defensa de la fe y las diversas técnicas manejadas con esos fines por la Iglesia. Sin embargo, valiéndose de ellas la Iglesia hace psicología clínica pura y neta. En psicoterapia de las neurosis obsesivas se procede igualmente contra la obsesión. Se aconseja no prestar atención al objeto obsesionante, derivando los intereses del sujeto hacia otros lados. Se procura que la libido se gaste en trabajos, preferentemente de orden físico, aconsejando al pa-

ciente viajar, hacer gimnasia, dedicarse a actividades sociales que le signifiquen compromisos que cumplir y le llenen todo el tiempo de modo que no haya cabida para la obsesión. Todo esto, indudablemente, mientras el proceso obsesivo no ha cobrado intensidad tal, que predomine sobre toda posibilidad de la acción voluntaria. Si la Iglesia hace uso de iguales técnicas para librar a sus creyentes de la *tentación demoníaca* de pensar, quiere decir que procede con inteligencia clínica, según instinto de conservación, a favor de la tranquilidad suya y de los suyos. El mismo método ha sido puesto en vigencia por los partidos políticos totalitarios que abominan, niegan y condenan todo lo que no cabe en sus postulados, incluyendo la religión, de cuya técnica aprovechan dolosamente.

Cualquier pelafustán que alardee de ario puro, llamará enfáticamente imbéciles a Freud, a Einstein o a Bergson porque son judíos; a su vez los marxistas semitas se niegan a reconocer los altos valores que pueda haber entre los nasis, porque son sus contrarios. Lo mismo acontece en arte, en literatura, en ciencias, cuando estas disciplinas forman escuela y sectarizan el pensamiento. Yo he oído denominar idiota a Beethoven por uno de nuestros músicos ultraistas, y uno de mis amigos poetas—bastante bueno para entre nosotros, indudablemente—estima con todo desahogo que el Dante, así como el manco de Lepanto, no escribieron nunca nada que pudiera ser comparable a tal o cual de los libros salidos de su pluma. Pero estos disparates, estas negaciones y audacias demenciales y pintorescas necesitan justificarse, explicarse, fundamentarse, para poder subsistir: de aquí el origen de doctrinas, sistemas y *místicas* que no son sino otras tantas *racionalizaciones* de lo absurdo a fin de hacerlo admisible al juicio crítico, sin que en verdad jamás lo consigan, por supuesto.

Sin embargo, por ilógicos que aparezcan, a veces, todos los postulados raciales, comunistas o totalitarios, obedecen en esencia al *instinto de conservación*. Este es en todos sus mandatos y

tendencias, absoluto, egoísta y excluyente, y tanto más cuanto más en su origen, cuanto más en la infancia se le considere, situación que corresponde y se repite en todo trance extremo, que ponga al individuo o a los pueblos en peligro de perecer de hambre o de asfixia porque el hermano poderoso los excluyó de toda participación nutritiva y redujo a extremos imposibles el espacio respiratorio, valga decir vital. A nivel de la instintividad abocada al dilema de subsistir o, perecer, no hay derechos convencionales que valgan fuera del derecho biológico a *ser y estar*, es decir, a vivir. Por eso las fuerzas del instinto de conservación, reactivadas en barbarie por el peligro y puestas en acción de defensa, no pueden explicarse y estimarse con justicia, si acaso no se ha sentido alguna vez hambre y asfixia, si acaso de algún modo no se ha sentido la exclusión y lesión de los derechos fundamentales a la vida. Es el instinto, en acción defensiva desesperada y extrema, el que da fuerzas y apariencias de verdad a las *racionalizaciones* sofisticantes que constituyen casi todo el cuerpo de doctrina de la política actual, y es por esto también que se adopta y cultiva la *mística* de sus postulado, como quien dice la *creencia cerrada e inapelable*, contra todos los razonamientos y distingos de la inteligencia lógica y los convencionalismos éticos, ahora fuera de uso por inútiles a sus fines.

Dice Mira y López en su *Psicología Jurídica*: «cuando un sujeto *cre*e que debe robar roba, y cuando *cre*e que ha de matar mata, por la sencilla razón de que una *creencia* no es más que la *anticipación de la acción* y por ello sólo se engendra cuando la tendencia afectiva ha vencido todas las resistencias e inhibiciones»; y termina el capítulo diciendo: «Digamos, pues, en síntesis: toda idea conduce a la acción y el acto se halla normalmente representado por el proceso deliberativo que conduce a la *creencia* y de ésta a la decisión. En esta fase de la deliberación intervienen, de una parte el juicio crítico, y de otra las tendencias de reacción, el primero formulando objeciones (resistencias), y las segundas vencién-dolas. Cuanto mayor sea la fuerza de dichas

tendencias, más rápidamente tendrá lugar el aniquilamiento de la función de crítica, y si tales tendencias pertenecen a un instinto (mecanismo congénito de reacción), la fase deliberatoria puede ser destruída bajo su presión y en tal caso la idea conduce el instinto a la acción o a la *creencia* (acción latente), originándose el fenómeno denominado *impulsión*». ¿Y cuáles son esas reacciones instintivas y primarias aludidas por mi amigo Mira? La *huída*, reacción de miedo; la *agresividad*, reacción de odio, y el *amor*, reacción en que se entremezclan las dos anteriores. En resumen, éstas son las reacciones primeras y más profundas del instinto de conservación y se refieren indudablemente tanto a perduración formal, a subsistencia (sub-existencia) en el espacio como a perennidad o prolongación en el tiempo. La primera como la segunda tienen sus órganos representativos y funcionales en el cuerpo—tubo digestivo, genitales;—son en principio, funciones somáticas—digestión, respiración, auto-erotismo—y constituyen punto de partida donde se confunden un poco sensualmente, aunque a la postre se distancien la una de la otra, ambas direcciones instintivas. Por eso es sin duda, que lo mismo se ruega por el *pan nuestro* y la muerte del rival que puede arrebatárnoslo, que por el perdón de nuestras deudas y salvación del espíritu. No es difícil, entonces, explicarse la *mística* que se ponga, tanto en la defensa agresiva del pan, como en la miedosa actitud de ruego del hombre ante lo providencial, ante lo desconocido, ni mucho menos será difícil comprender que la *creencia* prescinda de la razón, toda vez que el imperativo del instinto, del orden que fuere, prima, como dice Mira, sobre los procesos del juicio crítico. La *creencia* es pues, forma y función de la psicología afectiva, cuyo objeto consiste, fundamentalmente, en conferirnos una máxima de seguridad existencial, aun contra todas las especulaciones de la razón discriminativa. Es por lo tanto sapientísima—de una biológica y profunda sabiduría—toda técnica política o religiosa, que acuerda sus postulados y sus actos con las necesidades instintivas, y alimenta y mantiene

fundidas con la *creencia* las almas de sus partidarios y parroquianos.

Racionalizaciones del miedo, el odio o del amor—las tres modalidades primigenias de la afectividad humana—son otros tantos funcionalismos del instinto de conservación, en cuyos procesos formativos la razón participa—en la medida que se le presenta y conviene al instinto, cabe decir a la vida—supeditándose, en todo caso, a éste y poniéndose a su servicio. Así se crean postulados, sectas y doctrinas cuya fuerza y valor positivo no consiste en que sean razonables, sino en que lo parezcan, ocultando así la esencia misma de su poder: el dogma, el absurdo, el mandato inapelable e imperativo de ser y estar. Por eso.—y lo dice el autor de este libro—la Teología, ciencia de Dios que pretende justificarlo y probarlo, es un arma de doble filo para la religión, para la *creencia*, como lo es la *inteligencia* para los totalitarios, si no está completa e incondicionalmente a su servicio y si no es capaz de conferir apariencias lógicas a doctrinas absurdas, si no es capaz de evitar que la razón enuncie lo que maliciosamente dijo ya hace algunos siglos Baruch Spinoza: *error es la verdad de mi contrario*.

El vocabulario estridentemente peyorativo, escatológico y condenatorio creado exprofeso para dirigirse al rival o a todo lo que no pertenezca a la secta o partido, remacha por sugestión en las mentes infantiles o debilitadas por el hambre y el odio, los principios de la *nueva moral*, intensifica la presión propulsiva del fanatismo—formidable y ciega fuerza en pro de la instintividad en marcha—por todos los artificiosos e hiperbólicos medios de la propaganda. Así se está creando—se pretende por lo menos—una nueva mentalidad, una razón menos compulsiva que no se vuelva contra el instinto sino que lo sintetice, condicione y dirija, canalizado, hacia una feliz realización. Así, también, se pretende la estructuración de una nueva ética y de una lógica muy distinta de las que hasta ahora han usado. Según las nuevas doctrinas, no se romperá la línea de continuidad entre la

mente instintiva y la intelectual, no va a haber antagonismo entre las naturalezas superior e inferior sino que la razón—la *nueva* razón—se va a formar y generar como un florecimiento directo de la instintividad. Es claro que conservarse en pureza, sin mezcla, implica la necesidad de la exclusión de todos los elementos que, sin pertenecer propiamente al cuerpo en trance de depuración, han vivido en simbiosis con él, cuando no parasitariamente, de su vitalidad. Y el derecho a vivir, estimado en su esencia biológica, no hace distingo entre procedimientos justos o injustos, honorables o nó. El instinto de conservación es, en principio, absoluto y egoísta; sobre todo, cuando se mueve en trance último, de salvación o muerte. El experimento político-psicológico del mundo actual es tan interesante como arriesgado. Lo excluído, no por excluído se aniquila. Muy al contrario, lo reprimido—que para el caso corresponde a excluído—cobra fuerza bajo la influencia de la represión y tarde o temprano estalla provocando las neurosis en el individuo, las revoluciones y guerras en los pueblos. Es así, como se actualiza y fortifica al *Cáin* que yace en el *substratum* de toda fraternidad, de la fraternidad humana hasta ahora no lograda sino en apariencias. Lo inteligente sería procurar la reabsorción de los elementos contrarios—como acontece a veces con procesos patológicos del cuerpo—que una vez reabsorbidos se convierten en parte integrante del mismo *soma* que pusieran en peligro. Por lo demás, ya sabemos que los partidos totalitarios, antidemocráticos por definición, proclaman los principios de la Democracia toda vez que no estén en el poder, porque así se encuentran en libertad de actuar libremente en beneficio de su propia instauración y predominio. Una vez en el poder automáticamente suprimen los derechos de que se valieron para subir. La táctica no será muy honesta, ni acusa mucha lealtad; pero es eficiente. Por lo demás, la honestidad y la lealtad no son compatibles con el espíritu político, ni menos con el instinto de conservación y no figuran en los léxicos de hoy día sino como palabras ornamentales. Además, se debe considerar

en abono de esos procedimientos que para el político, igual que para el dogmático, es malo todo lo que no pertenece a sus mesnadas, y con ese criterio, se justifica combatirlo con cualquier procedimiento. Es en el *substratum* de nuestra aparente civilización donde Caín espera, quijada en mano, al Abel siempre débil e ingenuote, indefenso como toda entidad angélica desprovista de instinto de conservación. Suerte muy distinta correría la humanidad si hubiera tratado de conciliar a los dos rivales en la armoniosa participación substantiva del gozo de un mismo amor.

Pero todo conocimiento entre los hombres es meramente político—lo ha sido siempre—, y ahora tenemos a Caín, cobrándose a destajo del Abel de utilería que lo excluyera de su trato y participación fraternales. Para Caín *lo malo, es lo bueno*; de ahí que se alisten en sus mesnadas todos los oprimidos e insatisfechos de la fraternidad. Cuestión de turno. Abel democrático, pasará de este modo a convertirse en el Caín perseguido y vilipendiado, y desaparecerá bajo la represión, mientras se fortifica y arma para salir a la superficie de combate totalitarizado y totalitarizante.

Figuras alegóricas a un lado, la instintividad negada e insatisfecha—no conducida ni *transmutada* sublimatoriamente—se convierte en una entidad satánica e invencible, y desde el fondo oscuro de lo inconsciente, *maquina* su liberación, mientras a la luz del sol, las Virtudes, proclamadas vestales de la moral, tañen las arpas de la bienaventuranza. ¡Con cuánta razón dijo Bertran Russell!: «para que se extienda y crezca la decencia, hay que disminuir el porte de la indecencia». Y la *psicogénesis* proclama que debe haber una línea de continuidad, de libre y superativo tránsito desde las raíces *somato-pasionales* del ser humano, hasta la floración de sus pensamientos y sus actos. Lo impedido se convierte en tumor, en complejo, en Caín, con las consecuencias catastróficas ya aludidas.

* * *

Analítico o compulsivo por excelencia, Armando González, maneja los argumentos lógicos con agilidad de esgrimista eximio. Pero, sin ser yo un teólogo, ni mucho menos, debo advertir que no se puede combatir con armas lógicas los procesos instintivos, las creaciones de la pasión humana, las necesidades imperativas de de la vida, entre las que ocupa sitio profundo y fundamental el sentimiento religioso.

La razón, es una formación se diría que reciente; está implantada sobre la personalidad pasional del hombre, muy anterior a toda conciencia, y de ahí que participe, más o menos, de sus acentos. A la inversa, lo instintivo no es razonable, no puede serlo. La causa no puede participar del efecto, porque dejaría de ser causa. La *mística* en los movimientos políticos actuales es la más rotunda prueba de la realidad viviente del sentimiento religioso—de la libido religiosa, diré, para hablar en *freudiano*—. Desplazado el instinto de conservación a entidades políticas que encarnan y ofrecen una esperanza más cercana de redención y saciedad de sus hambres que las que promete metafórica o metafísicamente la religión, confiere carácter de religiosidad a la política, condición de dogmas inapelables a sus postulados. Así se conciben la disciplina férrea, la ciega supeditación al jefe divinizado, aunque sea un pelele, gracias a la fuerza galvánica de la *creencia* puesta en él por sus creyentes; y luego se comprende el culto del fanatismo, que excede en mucho las defensas naturales y propias del instinto de conservación. Y ello es así porque el instinto religioso, fuerte y primigeniamente sentido, sin participación debilitante del razonamiento, se refiere a *perduración*, a eternidad, y el *sentimiento de eternidad*, alienta en cada instante de la acción humana, más allá y a pesar de toda consideración de la inteligencia especulativa. El instinto de conservación se refiere a *no perecer*, y como este afán encuentra su *mentís* y desengaño en el cuerpo perecedero, naturalmente ha de

funcionar en *transfinitud*, es decir, en afán de liberación de lo finito. Y en tal caso, la muerte es una resurrección. El sentimiento religioso puro, considerado como agua de manantial en sus orígenes, no se puede concebir sino más allá de toda forma; pero a este sitio no llegan sino los pocos habilitados para sentir directamente el libre fluir de las aguas de salud y de vida, los puros y mansos de corazón. De aquí las *racionalizaciones* en que se cae toda vez que se estudia la sistematización y cuajo formal del sentimiento religioso en religión—la que fuere—, porque de hecho, lo infinito no cabe en conceptos, ni dogmas ni limitaciones excluyentes. Mas no se puede negar, por otro lado, que de algún modo se han de administrar las aguas vivas al sediento y necesitado de ellas, que es cada hombre. ¿Y qué importa que los modos de conferir las sean lógicos o no-lógicos, como qué le importa al muerto de sed el vaso en que se le ofrezca el agua? Es claro que resultaría ingenuo considerar en este punto, las especulaciones con que han vejado y profanado el templo los mercaderes de todas las épocas. Nadie puede negar que el miedo, el odio y la tentación bien administrados han dado pingües ganancias a los falsos sacerdotes, representantes dolosos de la Verdad o de Dios sobre la tierra. Pero esto es un defecto humano, abominable, sin duda alguna, pero que no puede cambiar la dirección del sediento hacia la fuente de las aguas vivas. Es por todas estas consideraciones que estimo de una magnífica inutilidad el libro de Armando González. No va a hacer prosélitos. Seguramente no los pretende. No se deja de creer bajo el imperio de la razón o la lógica de la comprensión meramente intelectual; a lo sumo se modifica el modo o estilo de creer. Por lo demás, el sentimiento religioso es un factor común a la psicología de toda la humanidad. Los que lo niegan no hacen sino afirmarlo negándolo, y los que lo explotan y falsifican, los mercaderes del templo, esos no alcanzan a malograr su esencia, porque ésta lo es de eternidad.

Llámesese como se llame una confesión religiosa, el sentimiento religioso es tanto más fuerte cuanto más hondo arraiga en el

instinto del hombre, cuanto más sea capaz de encender de esperanzas su insaciabilidad congénita, y dar orientación a su dramático destino de ser la entidad viviente más desvalida, comparada con las otras especies animales, y la única dotada de una sed y una hambre de infinito.

Se escandaliza—o casi se escandaliza—González, de las palabras del R. P. Sertillanges, cuando expresan: «Hay que estudiar la religión con espíritu religioso, como se estudia la ciencia con espíritu científico y la prosa con espíritu práctico». Este modo de apreciar las cosas no será católico—yo no soy el llamado para creerlo así o no—pero es profunda y sabiamente psicológico. Veamos lo que dice Otto Weininger al respecto. «Para conocer o representar a un hombre hay que comprenderlo, pero para comprender a un hombre hay que tener semejanza con él, ser como él. Comprender a un hombre es tanto como llevarlo dentro de sí» (Weininger—*Sexo y Carácter*). Esto quiere decir que no se está capacitado para comprender integralmente—con la cabeza y con la entraña, con la inteligencia y con la pasión—sino aquello que existe potencialmente en nuestro ser, como hambre, deseo o afán de eso que sentimos y entendemos como una ausencia dentro de nosotros mismos. Para usar de un ejemplo material y burdo, si se quiere, pero francamente demostrativo: si veo una manzana después de haber hecho una opípara comida, no tendrá para mí ningún significado entrañable, no repercutirá en mi deseo, ni en mi hambre, porque éstos han sido sobradamente satisfechos. Podré hacer la fría descripción de su forma y color, y hasta llegaré a establecer el huerto de su procedencia. Pero todo ello es solamente un proceso cerebral, deliberado, un *a propósito* que nada tiene que hacer con el modo de *comprender* la manzana si tengo hambre de ella. En otro plano, un individuo que tenga cultura literaria podrá analizar un poeta, pero en ningún caso sentirá la emoción poética que coloca el espíritu poético en *emocionada* y vital relación con el poema. Si no tengo sentimiento religioso puedo hacer la crítica de la confesión religiosa

que se ofrezca a mi juicio, sin que ello signifique, que yo sienta *lo religioso* entrañablemente, porque de ser así no habría caído en la tentación de analizar los dogmas, rituales y doctrinas a cuyo través tal sentimiento se me hace sensiblemente manifiesto. En otros términos, es muy distinto el conocimiento botánico de una flor, que el gozoso sentimiento estético que la misma nos sugiere. Esto no es compatible con el primero; no se puede al mismo tiempo estimar la flor en sus partes constitutivas y según clasificación, que sentirla estéticamente. Son dos modalidades distintas de conocer un mismo objeto, del cual nos informan distintamente y en dimensiones diversas. Y no cabe duda, que cualquiera puede llegar al conocimiento meramente intelectual de un objeto, porque para ello basta el *a propósito*; pero tal conocimiento no establece *relación viva* entre el sujeto y su objeto porque éste no es sentido por aquél como necesidad entrañable; porque no corresponde su forma espacial, al hueco hambriento que lo reclama desde lo hondo de la entraña misma. Alguien dijo—creo que Zweig—«lo que en mi hay de ladrón me ha hecho comprender el robo». Que esta comprensión polarice positiva o negativamente en la personalidad moral del individuo, no hace sino comprobar la verdad del enunciado. Lo cierto es que, estimado el caso vocacionalmente, hay una relación vitalísima y efectiva entre el ladrón y el juez, como entre el mismo y su cómplice—cuestión de distintas polarizaciones de orden ético—, relación que hace posible o la buena administración de justicia, o la más perfecta complicidad, según se trate de uno u otro tipo de polarización. Igual línea relacionadora existe entre el médico y el enfermo, entre el policía y el delincuente, entre el pecador y su confesor, pudiendo decirse que ambos términos lo son de un binomio funcional y que no podría concebirse el uno sin el otro. ¿Con qué parte de su personalidad psíquica podría entender a sus parroquianos un polizonte honrado al ciento por ciento? ¿y cómo podría tomar entrañable conocimiento de su paciente un médico saludable en absoluto y que jamás hubiera estado

enfermo? Y ya es de sobra sabido por la psicología actual, que sería imposible la comprensión entre hombre y mujer, si ambos términos del binomio fuesen, respectivamente, macho y hembra en un sentido definitivo y absoluto.

Se comprende así, por lo demás, que el individuo que sintetice las características de su ambiente, sea el que tenga sobre éste mayor capacidad de dominio y comprensión. Según esto se explica que en un ambiente de malvados no sea el bueno el que alcance sitio de respetabilidad y predominio, sino el más malvado de todos. Por igual motivo el cisne es burlado y escárnecido entre las aves de corral. Es, pues, necesario que exista una vital relación entre sujeto y objeto para ser éste entrañablemente comprendido por aquél, y *lo vital* es tanto más intenso y tangible cuanto más cerca de las raíces instintivas de la personalidad se le contemple. Lo que equivale a decir cuanto más lejos de la razón se le experimente. Se comprende, entonces, que razonar sobre *lo instintivo* fatalmente se convierte en *racionalizar*, en el sentido sofisticante a que ya hice referencia al tratar de las *defensas de la ilusión*, o sea de la técnica de adaptarse al fracaso, sin reconocerlo como tal.

Toda *creencia* es acto latente, es fuerza, es capacidad y por lo tanto confiere seguridad. Como es natural, la *creencia* que no se basa en evidencia, requiere, para mantenerse, de la necesidad de *crear*, derivada, a su vez, de un intenso sentimiento de incompletud y de inseguridad. Por eso es, creo que lo dije, que las *creencias* más fuertes, más activas y ciegas son las de los débiles, las de los más necesitados, las de los menos *razonantes*, ya que el hecho de razonar requiere un grado más o menos intenso de seguridades vitales logradas que lo hagan posible. En otras palabras, se razona en frío toda vez que se puede y se tiene el afán racionalista como función de tipo psicológico; pero tal razonamiento cobra intensidad y angustiosa urgencia de pasión razonadora, toda vez que la instintividad, en cualesquiera de sus manifestaciones fundamentales, se hace exigente y determina

tensión pasional, la misma que se vale de la razón poniéndola al servicio defensivo de los derechos del instinto. Se cumple así la curiosa ley de Paulow denominada «ley de la prepotencia del centro en actividad» y según lo cual los estímulos negadores de un estado pasional, lo fortifican, aunándose a él.

Por lo demás, cabe considerar que las condiciones adquiridas por la cultura no son procesos de transmutación de lo anterior en lo actual, sino en parte, en todo caso, muy pequeña. Se puede afirmar sin caer en grave error, que en primera y última instancia el desarrollo o crecimiento cultural se verifica por superposición de estratos o capas sucesivas que no se reabsorben entre sí, constituyendo un todo homogéneo y compacto, sino que se conservan con las características propias y representan cada cual, de un modo latente, el tiempo correspondiente a su vigencia. Así, pues, cada nuevo estrato es puesto sobre el anterior, como quien dice, desde afuera, sirviéndole de cubierta y de represión. Sin embargo, por su cara interna inferior o de contacto con la contraria del estrato subyacente, los elementos formativos de ambas capas de algún modo se mezclan y confunden, conciliándose las fuerzas reprimidas con las represoras. Así, cuando fracasan los centros cerebrales corticales—valga decir actuales, para expresarnos en tiempo—entran en vigencia los anteriores, actualizando sus latencias en la misma medida en que fallan los centros represores. Sin embargo, yo diría que los centros corticales tienen dos modos de fracasar; o son incapaces de cumplir con su cometido por debilitamiento, dando margen a los impulsos y al descontrol, o hipertrofian sus funciones hasta convertirlas en defensa desesperada y en absoluta y fanática negación de las realidades instintivas subyacentes. Contra siete vicios, siete virtudes, dice el enunciado del Catecismo Cristiano, con lo cual queda dicho que las virtudes no provienen de los correspondientes vicios *trasmutados* en ellas, sino que son reprimidos desde afuera por el precepto, por el mandato, por la ley, como por una lápida de convencionalismos. Es decir, la pasión perma-

nece en condición de fuerza viva, latente, por debajo de la consiguiente virtud lapidaria, comunicando a ésta todo el vigor y tortura de su propia tensión, sin conseguir por esto que la virtud prenda como un injerto, que se incorpora vitalmente al individuo, haciendo posible la *conversión* del vicio en virtud, sino que muy al contrario, dando a ésta mucho del carácter de aquel. Así, pues, esta clase de virtudes no son un florecimiento como lo es el loto, cuyas raíces vienen del fango, sino que constituyen un tremebundo polizonte que nos impone la moral convencional que amarga la vida impidiendo su feliz y entrañable expresión.

Por otra parte, el valor de estas virtudes depende de la intensidad de los vicios contra los cuales se ejercen, y el valor del individuo que las luce, es el del caballero que no se saca la armadura ni para dormir a causa del permanente temor que tiene al asalto traicionero del enemigo. No existe, pues, la *conversión* del vicio en virtud, de lo malo en bueno, y si existe lo es en muy mínima parte. Como ya lo he dicho en un ensayo sobre *Psicogénesis del fenómeno artístico*, ésta es la razón del patetismo en el arte occidental, sobre todo en la pintura mística, a través de cuyas formas ascéticas y torturadas arde y se siente en toda su magnitud de fuego implacable, la llamarada de la pasión reprimida o intensificada por la virtud. Y si en el sufrir está el mérito, la técnica cristiana de mantenernos en sufrimiento es sobradamente eficiente, no cabe duda.

* * *

Este sistema de combate, de agonía, que vive el hombre dentro de sí mismo, le ha creado por otra parte la facultad de gozarse en el vencimiento del dolor, de fortalecerse en la renuncia y ganar estilo gracias al voluntario y cotidiano ejercicio (ascetismo) sacrificial. En este aspecto de las conquistas humanas, la de sí mismo, la ciencia del hombre no ha tomado hasta ahora parte efectiva y de primacía. Y se comprende: su campo

de acción y de victoria ha sido puramente fenoménico, espacial. Es fuera de sí mismo donde el hombre ha ejecutado y experimentado sus dones de *creación*, arrebatando a la Naturaleza leyes, cuyos fenómenos hoy día explicables, constituyeron milagro y fueron motivo de perplejidad y miedo sufrido, en el comienzo de los tiempos. Pero estas conquistas no han resuelto en absoluto los conflictos pasionales del hombre, ni le han descubierto la fórmula, ni le han dado la clave para la conquista de su felicidad. Muy al contrario, inherentes al progreso son las guerras, porque las capas o estratos superpuestos por la cultura se desmoronan de afuera adentro o de arriba a abajo, dejando de nuevo al descubierto y en vigencia los planos bárbaros de la pasión humana. Y por eso las guerras de las épocas más cultas—las actuales—son a la vez que las más estúpidas por inmediatamente inexplicables a la razón lógica, las más encarnizadas y terribles, porque a su disposición se pone la razón misma, sofisticando los más altos y nobles principios de humanidad.

El ser humano aun no vive su ciencia, ni en su ciencia. Esencialmente instintivo, pasional, está centrado en la pasión, y desde ella aflora de vez en cuando a respirar la atmósfera del pensamiento puro, a gozar *sensualmente* su botín de conquista o la obra de su acción. Sin embargo, el ser es síntesis de tiempo infinito y su función esencial es la de *transfinitud*, como quien dice la de librarse y trascender lo precedero. En esto todo ser humano *Cree* porque lo siente con el miedo a sufrir y sobre este, miedo a morir, se basa toda la *creencia* del hombre en lo infinito, no importa la técnica, ni el estilo, ni el sistema de *creencias*. Lo tremendo es que la experiencia en el íntimo combate de la liberación es absolutamente personal e intransferible por lo tanto. Así, todo los ensayos grupales de salvación humana, de redención y mejoramiento en masa no pueden responder ni alcanzar más allá del plano materialmente instintivo, más allá de la línea umbilical en el sentido de sus más íntimas y fundamentales *seguridades orgánicas*. Aunque evoque y proclame los más altos

ideales de humanidad, es con el estómago que se siente fundamentalmente el hambre y sed de justicia, y ésta se refiere en planos de efectividad a substancia nutritiva, a *madre alimenticia*. Mientras el complejo de Caín no se resuelva en franca y universal fraternidad, el hombre seguirá necesitando de la *creencia catatímica* porque ésta le confiere como un anticipo del soñado y perdido paraíso, haciéndoselo gozar aun en medio de la brega o en el triste conformismo de la derrota.

Y sólo cuando la razón abandone sus orgullosos propósitos de inmiscuirse prejuiciosamente en las zonas pasionales de su propio origen, queriendo someter el instinto a las leyes de la lógica o a las normas de una ética de confección, llegará a conocer el sentido transcendente de la palabra, el ser y esencia de las formas y los hechos del Universo. Ya lo dijo Spinoza, el divino: «No vamos a las cosas porque son buenas, sino que las *creemos* buenas porque vamos hacia ellas». Y Weininger dice: «todo descubrimiento científico, todo hallazgo técnico viene precedido por un período comparable a la oscuridad, aquella oscuridad de que Zaratustra espera ver la luz: ¡arriba, pensamiento profundo, surge de mis tinieblas, soy tu gallo y tu amanecer, gusano soñoliento! ¡Seguiré cantando hasta que despiertes!».